

Qué pueden valer los cadáveres de niños libaneses

*A la memoria de mi padre:
Alfredo Acle Barquet*

Alfredo Acle Tomasini©

Para el pueblo libanés, la palabra independencia ha sido en su historia más un anhelo que una realidad. Su destino ha estado, en gran parte, determinado por los intereses de otros, más que por los suyos propios. De hecho, fue el dominio extranjero de su territorio lo que a finales del siglo XIX y principios del XX, hermanó a Líbano con México, quien acogió a miles de libaneses que, primero huirían del dominio turco en busca de seguridad y mejores horizontes, y más tarde lo harían de la hambruna que siguió a la derrota del imperio otomano al término de la Primera Guerra Mundial.

Para miles de mexicanos, nuestras raíces se remontan a esa aventura de la cual nuestros abuelos fueron protagonistas. De su atrevimiento nace una parte de nuestra muy personal historia que nos liga a un país distante, pero que está impreso en recuerdos infantiles; en nuestros apellidos que pasaron del árabe al castellano según sonaban; en nombres árabes que se "tradujeron" con base en su parecido a nombres en español; en parientes lejanos, y, sobre todo, en nuestros corazones que nos hacen sentir cariño y compasión por ese pueblo, tan poco dueño de su destino y tan cercano al dolor de la muerte de sus hijos.

A la derrota turca siguió el "protectorado" de los franceses, quienes con ingleses y estadounidenses se dedicaron a trazar, entre su rivalidad y conveniencia, las fronteras de los países del Medio Oriente. Así fue que apenas en 1944, Líbano, tierra ancestral de los fenicios, se convirtió en nación independiente.

Aun dividido entre cristianos y musulmanes, y éstos a su vez fragmentados en varios grupos, Líbano logró prosperar hasta convertirse en el centro financiero del Medio Oriente. Pero ese frágil equilibrio se vino abajo en 1975, cuando los palestinos que primero habían sido desplazados de sus tierras por la creación y expansión del Estado de Israel, y que después serían expulsados de Jordania por el rey Husein para asentarse en el sur de Líbano, se unieron a la población musulmana libanesa que le demandaba a la cristiana un trato igualitario.

Más de 15 años duró la guerra civil donde, además de los libaneses, participaron palestinos, sirios, israelíes y las "fuerzas de paz". La otrora llamada "Suiza del Medio Oriente" se convirtió en una nación en ruinas con más de 150 mil muertos, y fue escenario de célebres matanzas, como la auspiciada en 1982 por Ariel Sharon en los campamentos palestinos de Sabra y Chatila.

Al término de la guerra a fines de los ochenta, Siria quedó como la potencia dominante, que permitía mantener la paz, al respaldar al gobierno y desarmar a todos los grupos beligerantes, salvo Hezbolá, el Partido de Dios, establecido por la Guardia Revolucionaria de Irán durante los ochenta con el fin de repeler la ocupación israelí en el sur de Líbano. Sin embargo, a pesar de que Hezbolá, musulmanes chiitas, tiene representación en el parlamento libanés, es al amparo de sus patrocinadores, los sirios y los iraníes, un Estado dentro de otro Estado, con recursos suficientes para mantener una milicia con armamento propio, y, a la vez, operar clínicas de salud, canales de televisión

y prestar servicios urbanos. Esto lo arraiga en la población y, más allá de sus líderes visibles, hace a sus miembros poco identificables.

La condena mundial y de la oposición libanesa por el asesinato de Hariri, quien fuera primer ministro de Líbano, precipitó la salida de Siria el año pasado, y se dio inicio a una investigación internacional para deslindar su responsabilidad. Razón que ha llevado a especular, que el secuestro del soldado israelí, fue una maniobra para dejar claro que más vale tener a Siria como protagonista que marginada.

Israel tiene el derecho de proteger a sus ciudadanos, pero ha reaccionado, con la complacencia y el apoyo de Estados Unidos, de una manera tan desproporcionada y cobarde, como grotesca es la diferencia de su poderío militar respecto al de aquellos que ataca. En unos cuantos días, años de esfuerzo para reconstruir un país en ruinas, quedaron en nada.

Los israelíes invocan el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas que obligan al desarme de Hezbolá. Sí, que se cumplan todas, menos aquellas -las 242 y 338- donde se ceba el odio de esa guerra interminable y que les obliga a devolver los territorios que ocupan desde 1967. Cínica, la señora Rice dice que no existen condiciones para un cese al fuego. ¿Será que todavía no hay suficientes muertos? En fin, qué pueden valer para ella los cadáveres de niños libaneses.